

La experiencia de viajar y aprender por los caminos

*Dinah María Rochín Virués*¹
Facultad de Estudios Superiores Iztacala UNAM

Resumen

En el presente texto narro mis experiencias de aprendizaje personal surgidas a partir de viajes que llevé a cabo en momentos cruciales de mi vida, desde mi temprana adolescencia hasta la etapa de la madurez. A lo largo de la narración intento hacer explícito el vínculo existente entre la experiencia de viajar, las vivencias emocionales en torno a mi familia y mi responsabilidad profesional como docente en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Nacida en segunda mitad del siglo XX fui testigo de múltiples cambios políticos y sociales que fueron construyendo mi posición ideológica, misma que fue puesta a prueba en un viaje a la República de Cuba, cuando tuve que confrontar mis propias creencias con otra realidad que percibía en mi caminar por las calles de La Habana.

Palabras clave: narrativa personal, viajes, aprendizajes, ideología

A experiência de viajar e aprender por estradas

Resumo

No presente texto narro minhas experiências pessoais de aprendizado decorrentes de viagens que realizei em momentos cruciais da minha vida, desde a minha adolescência inicial até o estágio de maturidade. Ao longo da narrativa, tento explicitar o vínculo existente entre a experiência de viajar, as vivências emocionais em torno de minha família e a responsabilidade profissional enquanto professora na Universidade Nacional Autónoma do México (UNAM). Nascida na segunda metade do século XX, testemunhei múltiplas mudanças políticas e sociais que foram construindo minha posição ideológica, que foi colocada à prova em uma viagem à República de Cuba, quando tive de confrontar minhas próprias crenças com outra realidade que percebi em minha caminhada pelas ruas de Havana.

Palavras-chave: narrativa pessoal, viagem, aprendizagem, ideologia

Travelling and learning on the way

Abstract

In this text I recount my personal learning experiences, as a result of trips made at crucial crossroads in my life, from my early adolescence through to maturity. Throughout the narrative I try to make explicit the link between the experience of travelling, my emotions concerning my family and my professional responsibilities as a Professor at the National Autonomous University of Mexico (UNAM). Born in the second half of the twentieth century, I witnessed multiple political and social changes that led to the construction of my ideological stance. This was put to test on a trip to the Republic of Cuba, when I had to confront my own long-held beliefs with the reality that I perceived during my meandering through the streets of Havana.

Key words: personal narrative, trips, learning, ideology.

¹ Candidata a Mtra. en Política Criminal, FES Acatlán, UNAM dinahmaria25@gmail.com



Primeras experiencias de viaje

Mi primer viaje internacional lo realicé con apenas 12 años, en medio de una crisis familiar. Si bien se suponía que la intención fue que aprendiera inglés a través de la convivencia diaria con una familia norteamericana, durante un periodo de 2 meses, la verdadera razón de ese viaje fue la decisión de mi mamá para alejarme del clima de dolor que invadía a mi familia, apenas tres meses después de la muerte de mi padre, el 11 de septiembre de 1964; una fecha que habría de adquirir nuevos significados en el transcurso de mi vida. A través de un programa de intercambio estudiantil, me tocó la suerte de convivir con una grande y muy cálida familia californiana cuya cabeza de familia era un *marine*, condecorado por su participación en varias contiendas bélicas. Para mi fortuna, por ese entonces yo no tenía una ideología definida y eso me permitió disfrutar plácidamente mi estancia, la cual resultó muy grata y logró ambos objetivos: tanto aprender un aceptable nivel de inglés como resanar el dolor de mi reciente orfandad, a través de la convivencia con esa hermosa y acogedora familia *gringa*. Durante muchos años mantuve la correspondencia con mi familia y, aún ahora, los mantengo en mis recuerdos con agradecimiento y afecto.

Un año después mi madre me impulsaría, nuevamente, para que repitiera la aventura de viajar sola a los Estados Unidos, en un nuevo intercambio estudiantil. Sin embargo, en esta ocasión mi estancia con una familia del norte del estado de Nueva York, disfuncional y discretamente violenta, significó un duro aprendizaje en mi incipiente adolescencia. Muchos factores abonaron para hacer difícil esta nueva experiencia de viaje: un clima inhóspito para el cual no contaba con la ropa adecuada, un ambiente familiar rígido, un modelo de relación entre adolescentes que me resultaba incómodo por lo contrastante con las estrictas costumbres mexicanas, etc. Fue una experiencia dolorosa, especialmente porque la viví en total soledad, evitando preocupar a mi mamá, con cartas que cuestionaran la validez del gran esfuerzo económico y moral que le había implicado mi partida.

A pesar del contraste emocional de estos viajes adolescentes, los recuerdos de mi visita al Golden Gate en San Francisco –del cual traje una litografía, que aún conservo–, la majestuosidad de los árboles milenarios en los bosques de *Redwood* y la emoción de alguna vez visitar la Ciudad de Nueva York, sembraron en mi joven mente la semilla de nuevos viajes los que, sin embargo, tardaron mucho para poder hacerse realidad.

Las semillas de mi construcción ideológica

Lo que vino después fueron tiempos de estudio, así como nuevos horizontes educativos y vivenciales. Mi ingreso a una preparatoria pública, después de haber cursado toda la educación básica en colegios religiosos, me resultó ¡deslumbrante! Todo resultaba nuevo para mí: la escuela de puertas abiertas, la convivencia con compañeros varones, los conciertos de rock en vivo en el auditorio de la preparatoria, las escapadas a los juegos mecánicos al parque conocido como Nuevo Chapultepec, las discusiones con contenido político...

Justo a la mitad de estos estudios, me tocó vivir muy de cerca el Movimiento Estudiantil de 1968 con su enorme carga de inquietudes –promovidas por el Mayo francés con





sus repercusiones internacionales—, los fuertes cuestionamientos sociales y los truncados sueños juveniles de justicia y libertad.

Aunque no tuve una decidida participación en este movimiento juvenil, colaboré algunas veces en acciones de volanteo y recolección de dinero; asistía con interés a las asambleas estudiantiles, me mantenía al tanto de los reportes noticiosos en la televisión y la prensa nacional. Una circunstancia geográfica me vinculaba inevitablemente con el conflicto estudiantil: yo vivía a escasas dos cuadras del Casco de Santo Tomás, las instalaciones profesionales del emblemático Instituto Politécnico Nacional. Así me tocó vivir, con mucha angustia, los graves enfrentamientos de la policía y el ejército contra los estudiantes politécnicos y escuchar el eco de sus pisadas al correr para escapar de las balas; presenciar, luego, la ocupación de las aulas por personal militar a lo largo de varias semanas. Todo ello, lo entendí tiempo después, preparaba el escenario para el sangriento final del conflicto estudiantil.

Recuerdo con profunda tristeza la tarde del 2 de octubre de 1968, cuando desde mi casa se escuchaba el rugir de los rotores de los helicópteros los que, créimos, vigilaban la gran manifestación en la Plaza de las Culturas en Tlatelolco; luego vino el ulular de las sirenas de las ambulancias y por la noche, las noticias trágicas enunciadas —de la manera más inocua posible— por el locutor estrella de la televisión oficial.

Los incontables jóvenes muertos, los cientos de detenidos y encarcelados se transformaron en heridas que marcaron a quienes éramos jóvenes durante episodio histórico y señaló, para muchos de nosotros, el inicio de una personal toma de conciencia social así como la tendencia a desconfiar del discurso y las acciones de las autoridades políticas.

Con la llegada a la presidencia de la República del Lic. Luis Echeverría Álvarez, dos años después, el régimen intentó congraciarse de diversas maneras con los jóvenes agraviados mediante el impulso de una política educativa de inclusión, que incentivó el ingreso masivo a las aulas universitarias y amplió la oferta educativa con la creación de nuevas escuelas de educación media y superior. Otra vertiente destacable de la política educativa, en esa época, consistió en ofrecer grandes facilidades en la obtención de becas para cursar estudios en el extranjero, las cuales abarcaban un amplio espectro de disciplinas científicas y sociales.

Cuando concluí mi formación universitaria en el campo de la disciplina psicológica, habría tenido buenas oportunidades de estudiar un posgrado en el extranjero. ¡Pero no quise aprovecharlas! La salud de mi madre para mediados de los años setenta se encontraba muy mermada. Una larga historia de lidiar con su diabetes comprometía sus posibilidades de supervivencia a mediano plazo; a esto se sumaba el hecho de que solo ella y yo compartíamos la casa familiar, sin parientes cercanos en quienes apoyarme para su cuidado. En esas circunstancias me resultaba impensable el tomar “una mochila al hombro” y aventurarme en un viaje académico de duración indeterminada.

No me era posible viajar en tales circunstancias familiares, a cambio, recién graduada me integré a la planta docente de la Facultad de Psicología de la UNAM como Ayudante de Profesor, lo que me brindó una extraordinaria sensación de orgullo. Luego, ya como docente en la recién creada Escuela Nacional de Estudios Profesionales Zaragoza, me tocó enfrentar el





acelerado proceso de menoscabo en la salud de mi madre –44 años mayor que yo– hasta culminar con su partida en 1980. ¡Fueron tiempos muy duros para mí, en los que tuve que enfrentar sola su cuidado, su deterioro físico y emocional y finalmente su muerte! Con seguridad estas vivencias de tristeza mucho tuvieron que ver con mi decisión apresurada de ser madre. Así, la maternidad volvía a alejarme de la posibilidad de realizar un viaje de estudios, aprovechando las facilidades que brindaba mi *alma mater*.

Mi relación de pareja siempre fue inestable y no tardó mucho en disolverse del todo. Finalmente, me quedé a cargo de dos niñas pequeñas y de un cúmulo de responsabilidades económicas en los difíciles años de la década de los ochenta, a través de la cual los mexicanos transitamos desde la ilusión del *boom* petrolero, hasta la cruda realidad de una inflación desorbitada y un deterioro creciente de la calidad de vida, aún para quienes nos desempeñábamos como profesores universitarios.

¿Me faltó valor para asumir el reto de viajar al extranjero, acompañada solo de mis pequeñas niñas, y cumplir así el sueño que forjé desde mis primeros viajes para conocer y aprender en tierras lejanas? No lo sé de cierto... La fascinación que desde siempre ha ejercido en mí el trabajo docente, me compensó de esos sueños incumplidos.

Pasaron muchos años en que solo realicé breves salidas nacionales para intercambiar experiencias académicas en congresos y eventos nacionales, relacionados con mi campo de estudios.

Mis Aprendizajes a través de la Experiencia Cubana

A mediados de la década de los noventa, próximo a concluir el siglo XX, realicé un aleccionador viaje internacional con tintes académicos, a la República de Cuba, que se encontraba en pleno “*periodo especial*” después del colapso de la Unión Soviética.

Las calles de La Habana tenían el efecto mágico de situarme varias décadas atrás, como si entrase a formar parte de una vieja película costumbrista. El oleaje agreste del mar se estrellaba sobre la costera y me inundaba de un penetrante olor a sal.

Una vez instalada en mi hotel y sorteando las limitaciones del transporte, que incluía bicicletas con canastillas habilitadas como taxis, tractores usados como autobuses y las escasas *guaguas* –nombre con el que los cubanos designan al transporte público– pude acercarme, en el breve lapso de dos semanas, a las entrañas de la educación socialista, gracias al apoyo de algunos colegas cubanos, educadores como yo.

Disfruté mucho de la tradicional alegría caribeña, pero esta adquiría un sabor especial cuando observaba el paso entusiasta de los jóvenes “*pioneros*”; quienes portando un vistoso uniforme color vino –con camisas impecablemente limpias y una mascada azul claro anudada al cuello–, me recibían en sus salones de clase con sonrisas y abrazos, aparentemente conscientes de la hermandad entre nuestros pueblos. Asistí a algunas clases donde me sorprendía con la elocuencia de los maestros cubanos y el énfasis que ponían para inculcar en los niños el amor a





la patria, el respeto a sus héroes nacionales, la responsabilidad del trabajo y la importancia de la cooperación internacional.

Constantemente pensaba en mis hijas adolescentes, planeando que algún día regresaría a tierras cubanas –en su compañía– para que ellas pudieran vivir directamente, esa efervescencia de emociones que me embargaba al interactuar con el pueblo cubano.

Relacioné ese gusto que observaba en los niños durante su asistencia a la escuela con su inclusión en los denominados Círculos Infantiles; un modelo educativo, impulsado por la Revolución y especialmente por la Federación de Mujeres Cubanas, para apoyar a madres trabajadoras. Este modelo se planteó abordar de una manera integral el desarrollo de los infantes. Los niños que –hasta los seis años– acudían a estos Círculos recibían cuidados médicos, alimentarios y educativos. Influídos por la filosofía educativa de Lev Vigotsky (Rusia, 1896-1934), los pequeños se acercaban al aprendizaje mediante la acción cotidiana, de una forma participativa y lúdica, que les permitían alcanzar pequeños logros y asumir nuevos retos, tanto personales como de equipo. El ambiente en el Círculo Infantil, desde mi mirada de psicóloga educativa, era una amalgama perfecta de interés, afecto y disciplina que permeaba las relaciones entre docentes y educandos, pero también las interacciones entre pares. La socialización de los pequeños y el aprendizaje colaborativo son, a mi parecer, dos elementos importantes en la ideología socialista que permiten entender la construcción de la identidad cubana.

Interesada –como estaba en esos tiempos– en el estudio de la conducta juvenil, tuve también la oportunidad de visitar un Centro de Rehabilitación para Jóvenes con problemas de conducta. Ahí se recibía a los muchachos que habían cometido delitos menores como robo, consumo de drogas, pandillerismo, etc. Muy opuesta a la idea de una prisión, el centro era un espacio grande y verde; sin rejas que lo delimitaran, lo que lo asemejaba más a una granja donde los muchachos recibían educación formal, a la vez que realizaban un trabajo comunitario que incluía la producción y preparación de los alimentos destinados al consumo en el mismo centro. La coordinación de esta institución estaba en manos de personal militar; sin embargo, el resto del personal era civil que se encargaban de las cuestiones educativas, artísticas y de labor social.

En otra faceta de la educación cubana, constaté la formalidad de las clases universitarias. Las clases, con tintes magistrales, eran impartidas por un personal académico, vestido de manera escrupulosa a pesar del calor imperante. El grupo debía ponerse de pie a la llegada del maestro y esperar sus indicaciones para tomar asiento. Si bien se observaba una nutrida participación de los estudiantes, éstas se orientaban mayormente a la reiteración de los conceptos, más que a su discusión; ello contrastaba con mi experiencia docente basada en analizar e incluso cuestionar junto con mis alumnos, el contenido de los programas de estudio.

En este muestrario de modalidades académicas, llamó particularmente mi atención, la soltura del lenguaje en los niños y jóvenes, la que se apreciaba desde los niveles básicos hasta los profesionales. Me refiero a un estilo de comunicación que transmitía fuerza y convicción en su contenido. Aún entre los más jóvenes se apreciaba la semilla de una oratoria contundente, en la que se exaltaban los valores nacionales, pero también la solidaridad universal y el repudio a la política capitalista, así como al bloqueo que los sometía a condiciones económicas muy precarias.





Por las limitaciones de tiempo, centré mi atención solo en la educación formal. Me habría encantado conocer de cerca –y no solo en teoría– la experiencia de los campamentos juveniles de verano. Me resultaba atrayente investigar la propuesta de que los jóvenes ocuparan sus vacaciones escolares para trasladarse al campo y, de esta forma, conocer y valorar el trabajo manual que realizan los campesinos cubanos. Me resultaba interesante conocer el proyecto de una educación sexual muy abierta donde los adolescentes se supone que aprenderían a vivir la sexualidad de manera gozosa y, a la vez, responsable.

Mi recorrido por las diversas modalidades de la educación cubana me despertaba una sensación de esperanza. Sentía que en esas aulas se forjaban los nuevos hombres y mujeres que podrían impulsar un cambio social, a favor de una sociedad más justa y más feliz.

¡Mi experiencia, caminando por las calles de La Habana fue muy contrastante!

Disfrutaba mucho entablar conversación con la gente y encontraba que la mayoría de las personas con mayor edad se mostraban muy orgullosas de los logros de su Revolución. Reconocían dificultades pero esencialmente valoraban un cambio social muy benéfico para la sociedad cubana. Con gusto ofrecían un cigarro (infumable por su fuerte sabor) o sugerían compartir una cerveza, de las que se vendían en pequeños depósitos a lo largo de la costera. Sus pláticas exaltaban los avances de la medicina cubana o los estímulos que el gobierno ofrecía a los trabajadores más destacados en diferentes rubros de la productividad. Las mujeres se mostraban coquetas y los hombres ponían en juego todo su ingenio a través de piropos que aludían a la gran amistad, histórica, entre México y Cuba.

En las conversaciones con ellos aprendí el significado de una enigmática frase cubana: ¡“Se resuelve”! Que no hay aceite en las tiendas... se resuelve; que no alcanza la carne para el consumo familiar del mes... se resuelve. Con una mezcla de desenfado y sutileza, algunos me sugerían la posibilidad de que les aportara unos dólares que efectivamente ayudarían a “resolver” esas circunstancias del diario vivir. Yo salí de la isla sin un solo dólar en la cartera y regalé, encantada: mis tenis, parte de mi ropa y mis escasos cosméticos.

Desde otra mirada atenta, eran evidentes las condiciones que imperaban en el periodo especial: restricciones alimentarias, cortes diarios de energía eléctrica y desabasto generalizado de bienes de consumo: Ello se traducía en un descontento sordo que, especialmente, incubaba en el corazón de las poblaciones más jóvenes. Ya despojados del uniforme escolar, me encontré en los parques con muchachos adolescentes muy críticos y resentidos respecto del régimen socialista. Culpaban al gobierno de sus limitaciones económicas, se quejaban amargamente de la falta de libertades o pretendían justificar que algunas hermosas jovencitas se ofrecieran a los turistas extranjeros para obtener los dólares que les permitirían adquirir –en las funestas *tiendas de turistas*–, un par de medias, unos collares o algunos productos de maquillaje.

Para esas alturas, ya tenía plena conciencia de que el mercado negro, para el intercambio de pesos cubanos por dólares, permeaba toda la costera habanera. Muchos jóvenes se afanaban por conseguir la cantidad necesaria para pedirle al “amigo turista” que les comprara una “*pitusa*” (pantalón de mezclilla, inexistente en las tiendas cubanas) o algún aparato electrónico.





De entre su cúmulo de quejas, me sorprendía una –para mí– extraña concepción del concepto de la libertad. Me argumentaban sentirse presos, agobiados por las insalvables restricciones burocráticas que había que sortear para realizar un viaje al exterior. Por ello me intentaban ilustrar el significado de otra frase, muy común entre los jóvenes: “Al malecón y cuarenta millas”. Con ella aludían a la intención de sortear, a nado, la ilusoriamente corta distancia que los separa de las costas de Miami.

Yo misma sentía absurda mi argumentación cuando intentaba aclararles que en los países capitalistas, los ciudadanos estábamos igualmente restringidos para viajar; no por criterios ideológicos sino por la simple y llana falta de recursos. En vano pretendía compartirles mi percepción sobre las bondades de su Revolución que –a diferencia de las condiciones en el capitalismo– les garantizaba una tarjeta de alimentos básicos a un costo simbólico; el acceso a la educación en todos los niveles, incluyendo todos los materiales necesarios para su implementación; la seguridad de una atención médica de alta calidad a todo lo largo de su vida, desde el nacimiento hasta la vejez...

Una tarde, sentada en una banca con vistas al embravecido mar de la capital cubana, ¡no pude contener el llanto!

Las lamentaciones de esos jóvenes, casi niños –los nietos de la Revolución– me hacían temer un inminente fracaso de una ideología de la que me apropié desde mi llegada a la universidad pública; la misma que enarbolamos en el movimiento estudiantil de 1968, cuando la mítica imagen del comandante Ernesto “Che” Guevara se convirtió en nuestra bandera de lucha; la ideología social que desde mi trinchera como docente universitaria –crítica del sistema– intentaba transmitir a mis alumnos, enfatizándoles su compromiso moral con el pueblo que financiaba su educación; una filosofía que, en última instancia, me había convocado a explorar el modelo educativo imperante en esa pequeña isla.

La experiencia de este viaje fue impactante y contradictoria. De vuelta a México, mientras reflexionaba sobre los hechos, tuve que reconocer tanto mi ignorancia como mi incapacidad para comprender cabalmente el complejo modelo ideológico de Cuba; con sus evidentes claroscuros, con su economía ficción y con su pueblo maravilloso que confronta el ritmo innato en la sangre y su alegría contagiosa, con sus sentimientos de frustración y una ilusoria idea de las bondades del capital. Años después volví a La Habana en compañía de mis hijas para constatar, de nuevo, la gran complejidad de ese sistema político-ideológico que, pese a todo, se mantiene vigente.

En el marco de mi trabajo académico he tenido la oportunidad de realizar nuevos viajes, hacia el sur de nuestro continente; de ellos atesoro las experiencias que surgen de la comunicación entre pares quienes abrigamos los mismos intereses disciplinares y docentes pero, invariablemente, me vuelvo a escapar a las calles para explorar la experiencia humana de sus habitantes, a buscar las afinidades y divergencias políticas, y para descubrir, con frecuencia, el sólido vínculo afectivo que surge entre los habitantes de una América hermana.

